

- ¿Sabes, Eulalia, una cosa?
—¿Qué cosa, Alteza?
—¡Que San Pedro es un pícaro!

CLEMENTE PALMA

(Peruano)

ENFRENTÉ DE UNAS VITRINAS

Para las exposiciones permanentes dispone la Biblioteca Nacional de Bogotá de una serie de hermosas vitrinas, en donde quedan a la contemplación y estudio del público las obras raras y preciosas que el bibliófilo paga a precio de oro, y busca afanoso el bibliómano para su colección de antigüedades.

Muestran allí sus apretadas columnas de caracteres góticos, sin foliatura muchos de ellos y con el emblema de la materia sobre que versan y por añadidura en la lengua sabia de Roma, los maltratados *incunables*, trabajados en las primeras prensas tipográficas a que se sometió desde mediados del siglo XV el pensamiento, antes de lanzarlo por todos los confines del tiempo y del espacio con el vigor de la fuerza expansiva que lleva toda luz, incluso la del alma.

Más allá, bajo tapas de madera, obra primorosa de talla, brillan las hojas satinadas en que la imprenta ostenta ya la lozanía juvenil en tipos redondos, cuya nitidez les da apariencia de diminutos frutos en sazón que parecen, tal es su realce, querer desprenderse de la lustrosa página.

Ediciones príncipes; cartas geográficas; grabados legendarios; manuscritos gloriosos, amén del libro de lectura para ciegos, de letras punteadas, sin colores, con el relieve que sirve al tacto para guiarse en la convencional expresión de los signos escritos del lenguaje: todo, en aquella colección rica y severa, eleva la mente a consideraciones sobre el valor de la humana inteligencia y de la mano, ese ministro de la razón y de la sabiduría.

Estos *elzevirios* en caracteres tipográficos muy delgados y finos, procedentes de las prensas de Leyden, Utrecht, La Haya y Amsterdam, reciben nombre de la célebre familia de los Elzevir o Elzevier, tipógrafos que florecieron allá por los siglos XVI y XVII. La tersura del trabajo y la calidad y belleza de los tipos, obra del grabador Van Dick, aparte de las estampas que los exornan, les dan subido valor artístico y comercial.

Los Manucios, y principalmente Aldo o Teobaldo, infatigable promotor de los estudios de la literatura helénica en los comienzos del Renacimiento, tienen aquí sus representantes: libros de gran mérito por la calidad del papel, los caracteres itálicos delgados y el especial esmero en la impresión. Su apariencia modesta no deja sospechar las joyas que contienen. Son verdaderos pomos que guardan la esencia más fina y embriagante del arte literario de los antiguos griegos y romanos. Del nombre de pila de Manucio el viejo tomaron estas ediciones la denominación que las distingue.

Al lado de algunos de los libros pertenecientes a las Comunidades religiosas extinguidas en no muy remota época y trasladados de orden del Gobierno a la Biblioteca, figura un ejemplar, muy bien conservado, de la Imprenta de Cristóbal Plantino, impresor de Mont-Louis. Aunque menor al de los *aldinos*, no deja de tener, con todo, gran valor bibliográfico. Está forrado en pergamino, a diferencia del compañero que tiene tapas de madera recubiertas de badana.

En esta vitrina tenemos algo muy nuestro. Toda ella está dedicada a los recuerdos del filólogo bogotano don Rufino José Cuervo, autor del *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana* y de las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*. Cerca del tintero y del secante de su uso personal está la *editio princeps* de las *Apuntaciones*; más allá, el Catecismo de la doctrina cris-

tiana, con las anotaciones a lápiz del rapazuelo inquieto de la Escuela de don Lubín Zalamea; el texto de *Geografía elemental* de don Antonio B. Cuervo, en que su fantasía infantil recorrió el mundo; los tres últimos libros leídos en su postrera enfermedad como preparación próxima al viaje sin retorno; las necrologías breves pero llenas de veneración y de cariño que le consagró la prensa europea, y una de las cuartillas inéditas de su obra por excelencia.

En otro sitio preferente reposan los cincuenta y seis paquetes de las cuartillas, en que se hallan anotadas ciento cincuenta y seis palabras, desde la interjección *¡ea!* hasta la palabra *ley*, ejemplificadas profusamente, y que, al darse a la estampa, constituirán con los dos volúmenes ya publicados del Diccionario un monumento más perenne que el bronce, no sólo para el genio privilegiado que acometió obra tan singular y celebrada por propios y extraños, como para la patria en que se columpió su cuna, y para la raza que, por boca de un notable religioso, hijo de España, nos ha enseñado que bien puede llamarse lengua de Cuervo a la llamada lengua de Cervantes.

Aparte de las *Apuntaciones* (de las que van sacadas seis ediciones) y de los dos volúmenes del Diccionario, irán aquí muchas otras obras que publicó ya solo o en colaboración, dignas todas de ser llevadas a la sección artística del Museo que guarda las producciones maestras de la Filología.

La evocación de aquella memoria veneranda, enfrente de esta vitrina que aderezamos como si fuera algo de nuestro corazón, vaya en justo tributo al cristiano, al sabio, al caballero que, en una mañana de julio, entregó su alma a Dios bajo el cielo de Francia; sus libros y manuscritos a la ciudad que lo reconoce como uno de sus hijos más esclarecidos, y sus bienes a los menesterosos.